

Busójárás

Luis M. Llerena Díaz

(El desfile de los “Bushós”, es así como se pronuncia en húngaro)

Aún existen en el mundo muchos rituales antiguos que, con el paso de tiempo han perdido, para muchos que participan en la actualidad, los significados profundos y “mágicos” que los originaron. Este pudiera ser el caso del “desfile de los busós” que cada febrero se celebra en la localidad de Mohács a unos 200 km al sur de Budapest en Hungría. La fiesta, hoy de gran interés y participación turística, atrae a muchos para participar en una extraordinaria fiesta tradicional que se pierde en el tiempo y de gran importancia por su riqueza cultural, su especial identidad, vinculado a la región y por su riqueza como valor intangible del patrimonio cultural húngaro y mundial (Harlov, s. f.), (Falchi et al., 2015).

Todo ocurre en la ciudad llamada Mohács (se pronuncia Mojach), con una población formada por etnias de origen húngaro, alemán y croata de unos 17.000 habitantes y que se encuentra en el margen derecho del río Danubio (en el sentido de la corriente). Su entorno especial, protegido y de gran belleza en una llanura impactante, se incrementa por el eterno fluir del Danubio que fue testigo de una famosa batalla que pasó a ser conocida en la historia por el nombre de la ciudad. Supuso la derrota del ejército húngaro, a las órdenes del rey Luis II y la gloria para el ejército otomano, bajo el mando de Solimán I. Tuvo lugar el 29 de agosto de 1526.

Solimán había exigido el pago de tributos a Hungría y cuando ésta se negó a ello, avanzó hacia el norte con un ejército formado por 100.000 hombres, tomando Belgrado y alcanzando la frontera húngara. En respuesta, Luis II reunió a un ejército mucho más pequeño, formado por 20.000 soldados, y en vez de esperar los refuerzos de Croacia y Transilvania, avanzó hacia el sur desde Buda. Sus fuerzas fueron prácticamente aniquiladas y él mismo murió en la batalla. Las consecuencias para Hungría fueron desastrosas. Después de doce años de guerra civil, todo el país fue absorbido por el Imperio turco; sólo el tercio oriental, incluyendo Transilvania, mantuvo cierta autonomía (Agoston, 2018). Hoy podemos ir al lugar exacto de la batalla y caminar por el cementerio donde reposan más de 20.000 fallecidos de la batalla y poder imaginar, entre los postes conmemorativos tallados de madera, la dureza del combate porque literalmente estamos pisando la tierra donde reposan miles de cadáveres dos metros más abajo.

Pero volvamos a la fiesta. Parece ser que el origen de la misma está en los descendientes croatas de Mohács aunque hoy ya participan todos sus pobladores. La Fiesta dura 6 días y está muy relacionada con las festividades de carnaval. Existe una leyenda que dice que la fiesta surge de los tiempos de la ocupación otomana; los húngaros se refugiaban en los bosques y pantanos al otro lado del río y cuando regresaban río hacían disfrazados disfrazados para asustar y expulsar a los invasores.

Pudiera tener su fundamento en el hecho que frente a la ciudad de Mohács, al otro lado del caudaloso río Danubio, hay una gran llanura de bosques y es desde allí, donde salen los busós, hombres cubiertos de pieles de cordero, grandes máscaras con cuernos y grandes bocas mostrando sus dientes blancos. Pero esto no es muy creíble, aunque pudiera argumentarse en el hecho de que el desfile comienza con el traslado en barcas de numerosos busós desde el lado opuesto del río, como ya se ha mencionado, por la mañana del primer día de celebración.

Creo que es más lógico y realista relacionarlo con los numerosos rituales mágicos de la primavera para expulsar el invierno y comenzar un nuevo ciclo de fertilidad, rituales que existen en toda Europa (Muir & Muir, 2005), (Voigt, s. f.). En este caso, los busós ahuyentan al invierno y no a los turcos otomanos disparando salvas de cañón, haciendo mucho ruido con los cencerros que tienen atados y con otros artilugios como gigantescas matracas, trompetas de cuernos, etc.

En febrero, aún hay frío en Hungría y pueden quedar restos de las últimas nieves, aún así, el primer día de fiesta, a las 10:00 de la mañana, todo el pueblo y visitantes toman posiciones en las márgenes del río Danubio a la espera que aparecieran los espíritus o busós. De entre la niebla van apareciendo pequeñas barcas con remeros, y a medida que se van acercando, se van distinguiendo los verdaderos monstruos enmascarados, cornudos y cubiertos completamente de pieles de cordero que simulan “diablos” o “machos cabríos” llenos de energía, vitalidad y ruido.



En febrero, aún hay frío en Hungría y pueden quedar restos de las últimas nieves, aún así, el primer día de fiesta, a las 10:00 de la mañana, todo el pueblo y visitantes toman posiciones en las márgenes del río Danubio a la espera que aparecieran los espíritus o busós. De entre la niebla van apareciendo pequeñas barcas con remeros, y a medida que se van acercando, se van distinguiendo los verdaderos monstruos enmascarados, cornudos y cubiertos completamente de pieles de cordero que simulan “diablos” o “machos cabríos” llenos de energía, vitalidad y ruido.

Desembarcan, y después, desfilan por las calles entre la multitud que los contempla con miedo los más pequeños y, con alegría, los mayores dentro de un ambiente festivo donde se baila, se canta y se muestran los grupos de música y danza folclórica en escenarios en las plazas principales. Ah!, importante, y donde se pueden comer y beber numerosos platos tradicionales típicos húngaros. Desde que asistí a este festival, con su alegría, magia, diversión y sorpresa, siento una verdadera fascinación por las máscaras.

Las máscaras están hechas de madera pintada generalmente con fondo negro o rojo. Los rostros son definitivamente humanos, exagerando los ojos bien delimitados y la boca grande que señala bien los dientes con esa sonrisa algo malévola y amenazadora. Puede faltar algún diente para denotar la antigüedad del espíritu y su sabiduría. La máscara se completa con unos cuernos que pueden ser de cabras o vacas. Toda la cabeza y el resto del cuerpo está cubierta de pieles de animales (cabras, ovejas, etc.) en muchos casos bastante mal olientes.

Sin embargo, para mi lo más interesante y sorprendente resultó que la fiesta representaba en realidad un verdadero acto mágico de fertilidad, quizás no muy evidente para los turistas, y es que los protagonistas enmascarados hacían frecuentemente gestos eróticos de cópula (evidentemente eran representaciones de machos cabríos en celo) haciendo gestos lascivos con ambos puños cerrados a ambos lados del cuerpo y moviendo la cintura de forma provocativa y, otras veces, persiguiendo “sorpresivamente” a las mujeres (en edad de procrear) por detrás, simulando una rápida cópula para susto y asombro de las desprevenidas. Al parecer, se convertían así en vehículos mágicos para “fecundar”, simbólicamente hablando, asegurar la fertilidad de las mujeres y asegurar el aumento de la población y la existencia misma de la vida humana. Es muy conocida la relación de las cabras con la fertilidad, asociada con la potencia de la sexualidad masculina.



Ninguno de los hombres presentes, solteros o casados deben mostrar disgusto por esta acción ya que con este acto mágico se asegura la fertilidad de la mujer y, por extensión, de todas las mujeres presentes. Es de creencia tan generalizada, que muchas mujeres con problemas de fertilidad acuden a la festividad creyendo que así podrían quedar embarazadas. Muchos acuden al festival vistiendo los trajes típicos de su región.

No se sabe quienes son estos busos, nunca se le puede quitar la máscara porque sería considerado un acto de mal augurio, ya que una vez que se colocan sus trajes y sus máscaras se convierten “mágicamente” en los espíritus ahuyentadores del frío invierno y portadores de la necesaria fertilidad, fertilidad que asegura la continuación de la vida en unos países donde las condiciones climatológicas son muy duras. Por ello no dejan de sonar sus matracas, cencerros y cañones todo el tiempo que dura su desfile.

La fiesta termina con una gigantesca fogata al anochecer en el medio de la plaza principal de la ciudad que queman los busós bailando en círculo alrededor del fuego para luego desaparecer. ¿Puede haber un acto más simbólico?

Bibliografía

Agoston, G. (2018). Hungría, frontera militar. *Desperta Ferro: Historia moderna*, 32, 12-17.

Falchi, L., Habibi, S., Markelj, M., Szabad, B., & Zueni, M. (2015). Interactive Learning Method of Cultural Heritage for Europeanization in the Danube Region – ILMECH. EUT Edizioni Università di Trieste. <https://www.openstarts.units.it/handle/10077/11241>

Harlov, M. (s. f.). *The Intangible World Heritage Carnival of Hungary and other Wintyer Closing Traditions of the Region*. 7.

Muir, E., & Muir, P. E. (2005). *Ritual in Early Modern Europe*. Cambridge University Press.

Voigt, V. (s. f.). *A Unique Folk Culture in Europe. A Guide to Hungarian Culture*, 75-98.